



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 44. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Noviembre 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Delantal para casa.—Delantal con peto.—Dos corbatas de cinta y crochet.—Arandela para juego de lavabo.—Bolsa para ropa blanca.—Toalla rica.—Edredon bordado.—Cubierta para cama.—Edredon de piqué, adornado con mosaico de seda.—Fleco con pie de crochet.—Cenefas, entredós y adornos de todas clases para guarnecer enaguas, pantalones, camisas y chambras.—Varios entredós y puntillas de crochet.—Diferentes bordados para toallas.—Punta de encaje irlandés.—Entredós de crochet y trencilla.—LITERATURA: El otoño, por el Dr. Lopez de la

Vega.—Un pensamiento, poesía, por José Jackson.—Luz y sombra, poesía, por Alejandro de Querejeta.—¿Qué es morir? poesía, por Patrocinio de Biedma.—Santa Teresa de Jesús, por María del Pilar Sinués de Marco.—Historia natural, por Nicolás Díaz y Perez.—¡Pobre madre! por José Lamarque de Novoa.—El capital de la virtud, por Angela Grassi.—Hacer calendarios, por V. Joaquín Bastús.—Variedades.—Explicación del figurín.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. DELANTAL PARA CASA.

Dibujo para el bordado, en el pliego del día 2, por el revés.
Se hace este delantal de cuti gris, de 48 cents. de largo por 56 de ancho, redondeando las puntas, y después de ribetearle de una trencilla encarnada, se pone un volante festonado y con grandes ojitos calados; el centro del delantal forma un gran bolsillo con arabesco á cadeneta con lana encarnada. Una jareta con cinta y lazo ciñe el bolsillo por arriba, repitiéndose el volante al rededor.

2 Á 4. CENEFAS PARA TOALLAS.

Los equipos elegantes ostentan toallas bordadas con anchas cenefas á punto de lomillo, sin revés ni derecho: el núm. 4 muestra la manera de ejecutarlo con un cañamazo sobre la tela, cuyos hilos se sacan después de bordado, pudiendo hacerse el bordado con algodón negro, azul ó encarnado. El núm. 9 presenta la toalla concluida.

5 Á 7. LAVABO CON ARANDELAS.

El deseo de adornarlo y enriquecerlo todo va llegando á la exageración. En los lavabos se colocan arandelas ó pequeños tapetes debajo de cada pieza, para que la porcelana no raye el mármol: hácese estos tapetes circulares en franela blanca, con forro de percal blanco, y se bordan alrededor de una cenefa á feston con los centros recortados, como indican los núms. 5 y 6.

8. DELANTAL PARA LA MAÑANA.

Patron: en el pliego del día 2, por el revés, núm. IX, figura 30.
Empléase tela fuerte de lana rayada, y delantal y peto van orillados de bieses de lana del color de la raya: el peto tiene 15 cents. de largo por delante y se cose al delantal con una costura cosida á la máquina.

9. TOALLA BORDADA.

Después de sacar y anudar el fleco, se bordan cenefas con algodón de color. Los números 2 á 4 ofrecen modelos á propósito.

10. SACO PARA ROPA BLANCA.

Materiales: Tela cruda, soutache grana y blanco, estambre grana.
Dibujo: en el pliego del día 2, por el revés.

Se hace en lienzo crudo y en dos mitades: la mitad inferior consta de cuatro partes, y la superior es una tira lisa de 30 centímetros de larga. Ejecútase el bordado á cadeneta ó soutache, siguiendo el dibujo trazado de antemano. Una jareta cierra la bolsa en el borde superior y la terminan borlas encarnadas.

11 Á 13. CANASTILLA.

Destínase á las ropas blancas del recién nacido; es de forma octógona, de junco barnizado y descansa en cuatro pies prolongados. Los núms. 11 y 12 presentan diferentes modos de adornarla por dentro; el primero de piqué bordado con algodón de diferentes colores, y el segundo de cachemir

con aplicaciones de cretona, en guirnalda verde sobre fondo gris. La cubierta que muestra el núm. 13 es del mismo cachemir ó reps gris, con aplicaciones: cordon al canto y borlas grises.

14 Á 16. EDREDONES.

El pliego de dibujos y patrones del día 2 ofrece los dibujos y detalles de esta labor. El número 14 es un mosaico de piezas de seda ó lana, con un paño que vuelve bordado alrededor: los núms. 15 y 16 es un edredon acolchado, género turco.

17. FLECO DE CROCHET.

Puede destinarse al adorno de túnicas, trajes, abrigos ó tapetes, ejecutado en seda ó lana, según convenga. Principiase por hacer las dos cenefas á crochet de horquilla, orillando la que sirve de cabeza de una vuelta de barras por cada lado, y sobre una de estas vueltas de barras se sigue el pie haciendo como:

- 1.^a vuelta. * 16 ptes. ds., 5 presillas de 9 ptes. y enganchadas por una doble cada una; * se repite de señal á señal y lo mismo en las sucesivas.
- 2.^a Toda de puntos dobles, haciendo tres en el centro de cada presilla, para darle forma de pico.
- 3.^a * 10 ds. en el centro de los diez y seis, 6 presillas sobre las cinco *, véase el dibujo.
- 4.^a Como la segunda.
- 5.^a * 4 ds. sobre las diez; 7 presillas sobre las seis. La última vuelta se compone de puntos dobles, sujetándose al mismo tiempo la otra cenefa de crochet de horquilla. A las ondas contrarias de esta cenefa se anuda el fleco.

18 Y 19. CORBATAS.

Crochet, trencilla y cinta de hilo.
Nueve cuadros de cinta, cosidos como indica el dibujo, y dos cenefas de trencilla de picos, unida á los cuadros por crochet, componen la punta de la primera corbata.
La segunda, núm. 19, son cuatro estrellas de trencilla, que se ejecutan aparte cada una y se reúnen en medallón, haciéndoles alrededor una vuelta de crochet, como indica el dibujo.

20. CENEFA PARA ENAGUAS Ó PANTALONES.

Una tira ondeada con jaretitas á la máquina forma la base de este adorno, que lleva una guarnición de muselina plegada al pie de las ondas y un entredós de guipur recortado en la misma tela á la cabeza.

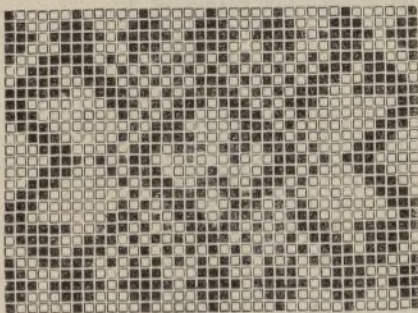
21 Y 22. ENTREDÓS Y PUNTILLA DE CROCHET Y TRENCILLA.

Dos órdenes de trencilla cruzada en ochos, forma el centro, llevando á las orillas una hilera de hojas hechas á crochet tunecino, cada una sobre 9 ptes. y siempre hechas dos y enganchadas en los huecos de los ochos: á la vuelta siguiente una cadeneta sujeta las hojas por el sitio en que se junta, terminando el entredós una hilera de ondas al aire.

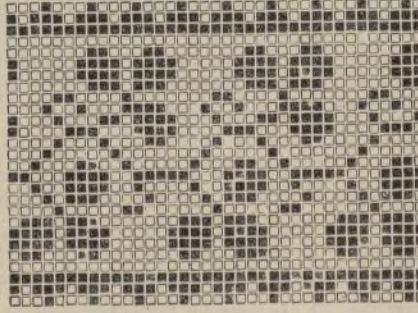
La segunda lleva la trencilla á ondas, seguida de una cadeneta por la parte exterior y con picots al aire: la cabeza de la puntilla la forma una hilera de barras y picots encima.



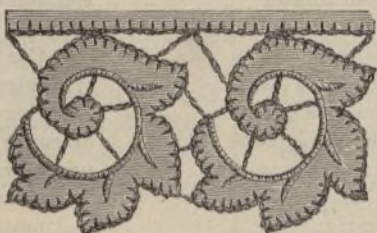
1. Delantal para casa.



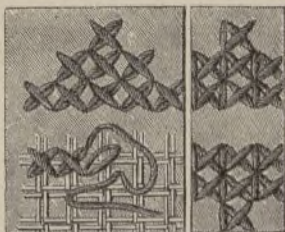
2. Bordado de lomillo para toalla.



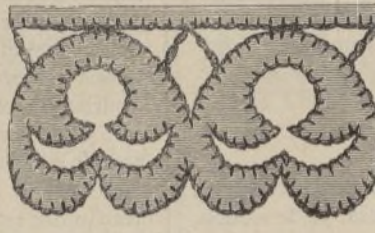
3. Bordado de lomillo para toalla.



5. Bordado guipure.



4. Ejecucion del bordado núms. 2 y 3.



6. Bordado guipure.

23 A 28. BORDADOS PARA ROPA BLANCA.

En estos modelos hay cenefas y entredoses bordados al pasado que sirven para enaguas, pantalones, chambras y demás objetos de ropa fina: en algunos va combinado el bordado, que se ejecuta con algodón grueso, con jaretitas hechas á la máquina, y en otros va el bordado sobre un ancho jareton con vainica ó calado, como en los núms. 27 y 28.

29. PUNTILLA DE ENCAJE IRLANDÉS.

Sirve para cuellos, pañuelos, camisolines, y su ejecución es harto conocida.

30 Á 33. ADORNOS DE CROCHET.

La núm. 30 es una puntilla hecha con crochet de horquilla, que por un lado se recogen 8 presillas con una cadeneta apretada, y por el otro se hace un punto en cada presilla, separados entre sí por 3 de cadeneta, y sobre esta vuelta una de picots. La cabeza de la puntilla forma una vuelta de barras.

La núm. 31 es una puntilla de jtrencilla cluny, hecha por el mismo sistema de la anterior, recogida por dentro con una cadeneta y por fuera con 3 pto. y un picot de presilla á presilla.

Los núms. 22 y 23 son dos entredoses de una banda de horquillas, la una de 2 pto. por cada lado y la otra de 3: se sujetan á cada lado con una cadeneta y sirven como entredoses para ropa de niños.

34. BORDADO PARA PECHERAS.

Empléase lo mismo para camisolas que para chambras, ocupando el jareton: el bordado es á plumetis, y puede llevar en el centro ojaes.

35 Y 36. ENTREDOSSES.

El primero es de crochet de horquilla, unidas las bandas por cadenetas, sujetando siempre tres presillas.

El segundo es de cinta irlandesa, con una hilera á cada borde de barras cruzadas y una cenefa de dobles arcos de crochet sencillo.

37 Á 46. CENEFAS BORDADAS.

Todas ellas son á propósito para camisas, chambras cuellecitos y ropa de niños: el bordado es á pasado y ojete. El núm. 39 es una punta de encaje irlandés para fichú.

47 A 51. ENTREDOSSES DE CROCHET.

Comiézase el núm. 47 por hacer separadamente las anillas cubiertas de puntos dobles, haciendo luego por cada lado para unir las cuatro picots de 5 puntos y una cadeneta doble que pasa á enlazar el otro medallón. Una hilera de arcos á cada lado termina el entredós.

El núm. 48 se hace sobre una trencilla cluny, que ocupa el centro, y á cada lado tres barras dobles, cada una enganchada en una presilla de la trencilla y reunidas en un punto, haciendo 5 de cadeneta ántes de repetir el otro grupo de tres barras: sobre esta vuelta va otra de 5 barras en cada hueco, y termina el entredós una vuelta de arcos ó presillas.

El núm. 49 se principia por el centro, haciendo 5 puntos de cadeneta, 2 picots, y lo mismo siempre, repitiendo otra segunda vuelta igual, que se engancha ántes y después de los picots haciendo la labor del centro: sobre estas vueltas van por cada lado una de presillas de 11 puntos con un largo picot ó presilla entre cada una, y á la vuelta siguiente se hacen en este picot 8 barras, separadas cada cuatro por una presilla de 7 puntos.

El núm. 50 es de trencilla de picos y crochet, tan sencilla que no necesita explicación; y el 51 es de crochet de horquilla, el centro con tres vueltas de crochet á cada lado, tan claras que hacen inútiles todos los detalles.

JOAQUINA BALMASEDA.



EL OTOÑO.

Desde la roca de la melancolía, de donde solo puede distinguirse el yermo campo de la tristeza, yo te saludo, oh, dulcísima estación del Otoño!

Viajero peregrino, en el tránsito enlutado de una vida

toda de lágrimas, contemplo gozoso los lánguidos arbustos y el follaje que se cae de los copudos árboles, para ser arrebatado por las corrientes de agua y reducido á leves aristas por el viento murmurador.

La ley de las existencias múltiples que se desenvuelven con el impulso del tiempo para perpetuar sus evoluciones, ha fijado una etapa de misteriosas fases, en estos días plácidos y serenos, en que la calma se filtra en los corazones á través de la atmósfera caliginosa de las batallas políticas y campales, para enseñarnos á reposar después de las luchas de la primavera y del verano en el vasto y dilatado anfiteatro de las pasiones.

Héme aquí meditando sobre la caída de los imperios y el advenimiento de las repúblicas, viendo cómo el sol se oculta en el azulado seno de Occidente, para que la reina de la noche estienda su cabellera por el ámbito del mundo, desprendiendo de cada uno de sus hilos topacios de luz consoladores, en medio del silencio de las tumbas.

Los ayes y gemidos de combatientes parecen llegar á mi oído, lúgubres y desgarradores, recordando el querido nombre de una madre, de una esposa, de una hermana, de un amigo, para entregarse con el alma á Dios, en medio de la oscuridad y la nube de los cañones aún humeantes, más candentes todavía que las lavas de los volcanes.

Triste y consolador es á la vez el espectáculo que se presenta á mi imaginación, de cuerpos heridos y mutilados, considerando los consuelos que las tiernas y piadosas hermanas de la Caridad prestan á los heridos; conmoviéndome profundamente por ver en ellas la personificación del Redentor del mundo, enseñándonos á sufrir y á esperar con la sonrisa en los labios.

Ya los jardines de Apolo y el Buen Retiro comienzan á palidecer, como palidecen las ilusiones del alma arrebatadas por los desengaños y lanzadas al sarcófago del olvido por la mano de la misteriosa é insondable eternidad.

Aquellas noches plácidas de los Campos Elíseos, solo turbadas por el vertiginoso ruido del *can-can de Mabilé*, pronto serán tristes y nebulosas, después de ser hoy apacibles y seductoras, como la madurez y raciocinio de una inteligencia privilegiada.

Corrieron los días del verano como el *alazan del árabe* por las llanuras del desierto ó como el *obero del gaucho* de las *pampas*, sin dejar más que la memoria de sus horas de alegría en el espíritu de los pocos exentos de pesares.

Para los que tienen á su lado el dolor en relieve, en una madre anciana y enferma, ó una esposa tísica ó hijos desnudos y hambrientos, ¿puede ofrecer la naturaleza otra cosa que aflicción? Por eso el Otoño, lánguido y melancólico, parece con sus rasgos de aflictiva nostalgia y de esperanza consoladora, alternando en el fondo de su cuadro conmovedor, revelarnos todo el sentimiento de las almas que se ven en el borde de la desconfianza, agitadas por el deseo de la dicha, ó burladas en su anhelo de alcanzarla, luchando con las hostilidades de la fortuna, sin poder fijar un término decisivo en el proceloso mar de los propósitos.

El sol es más espléndido, la luna más clara, y sus satélites más luminosos. El aire se filtra en la existencia más atenuado, y tiene un agradable contacto de estimulación, que sumerge las fuerzas en un bienestar indefinible. Pero ay! que cuando falta la salud y la ingrata fortuna no nos sonríe, y los amigos nos faltan, de súbito se agolpan á la mente ideas tan desconsoladoras que no es posible definir ni explicar.

Cuando el día se halla próximo á espirar, y los niños con sus juegos infantiles llenan el espacio con sus voces de jubilosos coloquios, y los cantos del pueblo trabajador resuenan ora angustiosos, ora entusiastas, revelando historias de lágrimas y de esperanza; y las jóvenes enamoradas, desde los balcones y ventanas parodian las *partituras* teatrales, enjugando muchas sus lágrimas, que ocultan por temor de que se sorprenda su dolor, el pensamiento se recoge en el hábitáculo del alma, y reflexiona sobre los cambios y peripecias de la vida, fijándole por último en el Creador. Porque en suma, ¿qué podemos apetecer que al fin no lo hallemos en Dios, á quien convergen todas las manifestaciones del espíritu, ávido de luz y felicidad? ¿Qué seríamos, tristes viandantes, en el espinoso sendero de la vida, si no tuviéramos por consuelo la esperanza de la salvación? ¿A dónde buscaríamos lo que en el mundo no hallamos, agitados, convulsos, lacrimosos siempre, más que en el privilegiado recinto de los espíritus increados? ¿Qué hallamos en la tierra más que luto y desesperación? La mano destructora del tiempo todo lo concluye, todo lo borra, por más que se renueve en ulteriores manifestaciones. Pero ¿dónde estaremos tranquilos, reposados, libres del oleaje de la corrupción?

Cuando de noche, después de las fatigas del día, nos vemos solos, sin que nos importunen los que ni nos com-

prenden ni nos aman, entonces ¡con qué fruición libamos el néctar de la soledad! Cerca del mar oímos el sordo murmullo de las ondas; en el campo las armonías de la naturaleza soñolienta; en la ciudad, ecos rápidos, indefinibles, y el monótono cantar del sereno que parece anunciar el próximo fin de la humanidad.

En estos días del otoño, diríase que la noche se evapora en el día ó se funde en su ánfora, para transmitirle soporosa durmiente, melancólica, con ese *addio del pasatto*, que representa los recuerdos de la vida, tan dolorosos á veces como las dudas del porvenir.

Flores, aves, murmullos, voces y armonías, todo palidece y se debilita con la noche, para representar con el sueño la imagen de la muerte y hacernos pensar en la eternidad.

¿Qué valen las glorias y honores del mundo, al lado de la tranquilidad del justo, sea pescador, labre la tierra, arranque sus metales y haga objetos para el servicio de la casa en el taller?

Grande es todo el que obedeciendo á las leyes del amor y la caridad, se consagra al ejercicio de la virtud, ageno á las cábalas y arterías del vicio destructor.

Por eso la naturaleza del relieve de los matices del sentimiento humano, nos enseña en el otoño á reposar, á exhibir, digámoslo así, las conquistas del trabajo; y nosotros, ingratos con el Eterno, solemos ahogarlas en sangre, entregándolas al imperio de la perversidad.

Deber teneis, pues, oh! sublimes héroes del saber, de hacer que se cumplan esas leyes de salvación, haciendo que fructifiquen lozanas y vigorosas, oponiéndose al fuego ilegítimo de la ignorancia y la preocupacion.

Vosotros rendís culto al trabajo, lo practicáis con dulce anhelo, y con él os eleváis á regiones de luz y de verdad, con sublime abnegación.

Yo os saludo entusiasmado, y al hacerlo el otoño, relieve de las más dulces y melancólicas manifestaciones del alma, permitidme que os pida vuestro concurso por la paz, un óbolo para las víctimas de la guerra, y un tierno recuerdo por el que os ama y os saluda desde el fondo de su alma

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

UN PENSAMIENTO.

EN EL ÁLBUM DE LA SIMPÁTICA SEÑORITA

DOÑA ISABEL GARCIA MOLINAS.

Un pensamiento crecía
en un jardín aromoso,
y de sí mismo orgulloso
en su tallo se mecía.

Sin envidia y envidiado,
bordaba con mil primores
sus matizados colores
en terciopelo morado.

Fija en la flor con anhelo
te contemplé, niña hermosa,
con esos labios de rosa,
con esos ojos de cielo.

Prendada de aquella flor,
y yo prendado de tí,
en aquel vergel te ví,
pura imagen del amor.

Viendo que era tu alegría,
y envidiando la ventura
de aquella flor bella y pura,
la arranqué con mano impía.

Suspiraste; yo contento
el pensamiento te dí,
y desde entonces sentí
que es tuyo mi pensamiento.

En mi afán devorador
te dije puesto de hinojos:
—Dime, niña de mis ojos,
con qué se cura el amor?

—Con amor. —Pues dame el tuyo
si en algo aprecias mi vida.
—Mi amor es fuente escondida
de cuyas corrientes huyo,
no vuelvan á refrescar
los recuerdos que perdí.
—Amastes un día? —Sí,
pero ya no puedo amar.
Mi amor huyendo del suelo

extendió su rauda giro
y en pos de un triste suspiro
voló de la tierra al cielo.

—Murió tu amante?—Murió.

—Y aun le amas?—Más que á mi vida.

—Y mi amor?—Tu amor olvida.

—No puedo.—Tampoco yo.

Dijo, y partió presurosa
la niña de ojos de cielo:
la que causa mi desvelo;
la de los labios de rosa.

Y en mi profundo pesar
solo alegra el alma mía
la esperanza de que un día
logre su amor conquistar.

Solo esa esperanza alcanza
mi marchito corazón...

¡Donde muere una ilusión,
nace siempre una esperanza!

JOSÉ JACKSON.

LUZ Y SOMBRA.

Perdóname si mi lábio
Pronuncia tu nombre á solas,
Y abismado en tu recuerdo
Paso las nocturnas horas.

Perdóname si entre sueños
Mi pensamiento te evoca,
Y beso tu imagen bella
En las impalpables sombras.

Perdóname si á tu lado
Trémula mi voz se ahoga,
Y al fuego de tu mirada
Siento mortales congojas.

Perdona si arde en mi pecho
La pasión que me devora,
Y me abismo en la amargura
Como el naufrago en las olas.

Perdóname si te adoro,
Vida de mi vida toda,
Y suspiro si suspiras,
Y lloro también si lloras.

Mi nombre! saber mi nombre,
Nada, ángel mío, te importa;
Soy el cantor ignorado
De una virgen triste y sola.

Y tú eres, ah! tú eres ángel
Que apenas al mundo asoma:
Yo soy la flor que se mustia,
Tú eres la luz, yo la sombra.

A. QUEREIZAETA.

QUÉ ES MORIR?

Morir es, en el molde de la muerte
arrojar la materia de la vida,
esa masa candente dividida
al choque de los rayos de la suerte.

Una estatua devuelve el molde inerte
al triste fuego del no ser fundida;
la escoria quedó en ella consumida
y condensóse en sustancia fuerte.

El artista supremo, el que moldea
siempre en su mano la materia oscura,
guarda en estatua que en el bien se crea;

Y lo que modelóse en masa impura
arroja con desden para que sea
un pedestal de la que alzóse pura.

PATROCINIO DE BIEDMA.

SANTA TERESA DE JESUS.

Leyenda original de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(Continuación).

V.

Dos días despues, se hallaba D. Alfonso de Cepeda sentado al frente de un grupo compuesto de los más sabios doctores de Avila, Salamanca y Valladolid.

Ya hacia rato que estos discutian gravemente: en el rostro del anciano caballero se leia una ansiedad mortal.

—Y bien, señores, preguntó D. Alfonso, qué me decis? ved la angustia en que me hallo! pensad que es un padre el que espera vuestra decision.

—A la verdad, señor D. Alfonso, dijo uno de los doctores, que no sabemos qué deciros: yo por mi parte no hallo remedio para la dolencia que aqueja á vuestra hija.

—Ni yo, añadió otro: es tal su estado de postracion y debilidad, que dudo que se la pueda propinar remedio alguno.

Este parecer fué repetido por los demás doctores.

—Y qué! exclamó dolorosamente el desventurado padre: no habrá remedio posible para esa cruel dolencia?

—Por lo ménos, nosotros no lo conocemos, respondieron los doctores con automática seguridad.

—Luego debo resignarme á ver morir á mi hija?

—Esa, sin duda, es la voluntad de Dios.

—Señores, exclamó consternado el anciano; yo os ruego que ántes de retiraros dejándome solo con mi desesperacion, paseis otra vez por la alcoba de la enferma: por amor de Dios, ved si aun queda alguna esperanza, y en tal caso no la abandoneis: mi fortuna es vuestra: toda entera os la cedo si salvais á mi hija.

Los médicos se miraron, y despues, seguidos de D. Alfonso, pasaron á la cámara de la enferma.

Teresa llevaba su hábito carmelita y su toca blanca; solo se la habia despojado del velo y se hallaba sentada en un sillón por no poder sufrir el lecho á causa de la fatiga que la agobiaba.

Más que á una jóven de pocos años, se asemejaba la religiosa á un esqueleto escapado de su tumba: los huesos herian la piel: las facciones socavadas por una profunda flacura, la boca marchita, los ojos hundidos y las manos descarnadas, le daban un aspecto tal, que á no ser porque aun se traslucian algunos rasgos de su gran belleza, hubiera causado espanto.

—Hija mía! exclamó D. Alfonso, adelantándose hácia ella, habla! dí lo que sientes.... lo que te duele.... lo que tienes!

Separóse la noble y rica franja que formaban las pestañas de la enferma: se entreabrieron sus labios y quiso hablar; pero su voz estaba completamente apagada por la debilidad, y no se percibió ningún sonido.

Teresa llevó al pecho y á la cabeza su demacrada mano; y luego, agobiada de dolor y de fatiga, cerró de nuevo los ojos dejando escapar algunas lágrimas de desaliento.

Un segundo despues se apagó su respiracion y quedó inmóvil, cayendo sus brazos inertes á lo largo de su cuerpo.

Los médicos se consultaron con una mirada, y uno de ellos se atrevió á decir:

—Ha muerto!

Se hallaba allí presente la hermana mayor de Teresa, casada ya desde hacia algunos años, y que habitaba con su esposo en una hermosa casa ó castillo situado en las inmediaciones de Avila; aquella jóven, que siempre habia amado tiernamente á su hermana, se acercó llorosa y acongojada á la que ya juzgaba cadáver, y apoyó los labios en la frente de Teresa y una mano en su corazón, en la seguridad de que habia dejado de latir.

Sin embargo, un leve movimiento que notó, le hizo levantar vivamente la cabeza.

—Aun no ha muerto! dijo volviéndose á su padre y á su esposo: he sentido latir su corazón! aun hay esperanza!

—Ninguna, repusieron en coro los doctores.

—La hay mientras Dios no destruya el soplo de vida que conserva, repuso severamente el esposo: y ante todo debe administrarse á la enferma la extremauncion, para que muera como cristiana.

En efecto: algunos instantes despues, Teresa recibia el último de los sacramentos de la Iglesia: y se puede afirmar que lo recibió, porque, en tan solemne ocasion, entreabrió los ojos y exhaló un débil suspiro.

Pero casi al mismo instante se disipó aquel rayo de esperanza, y la enferma volvió á quedar inerte y como privada de vida.

—Díome en aquella noche—dice la misma santa al referir su vida—un parasismo que me duró cuatro días el estar sin ningún sentido; cada hora y momento pensaban espiraba, y no hacian sino decirme el credo como si alguna cosa entendiera: teníanme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé despues en los ojos: clamores y oraciones á Dios, muchas: bendito sea el que quiso oírlos, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando mi cuerpo allá, y hechas las honras de nuestros frailes, quiso el Señor que tornase en mí; luego me quise confesar y comulgé con hartas lágrimas.

Teresa volvió, en fin, á la vida; pero los terribles medicamentos que la habian administrado, la dejaron tan estenuada, que su solo aspecto arrancaba lágrimas de compasion á cuantos la veian.

Parecia empezar á recobrarse algun tanto, gracias á los tiernos cuidados de su familia, cuando sobrevinieron nuevas y acerbos dolencias: se le hinchó la cabeza y se le llagaron la garganta y la lengua del modo más lastimoso.

Solo Dios podia comprender los insoportables tormentos que yo sufría, dice la santa en su vida, y me empeñé

en que me llevasen á mi convento para no morir en tierra extraña.

Fuéronse de nuevo y poco á poco mitigándose los graves padecimientos de la religiosa; pero le quedó una debilidad tal, que por espacio de tres años no pudo no solamente andar, pero ni ponerse de pié; tal era su fatiga y lo exhausto y rendido de sus fuerzas despues de tan crueles dolores.

Siempre se ha creído, y aun la experiencia lo ha demostrado, que las personas dotadas de un gran talento están también dotadas de un carácter áspero y dominante; pero Teresa era un ejemplo de que puede muy bien suceder lo contrario; segun ella misma dice, hablando de sus inclinaciones y afectos, siempre prefirió al suyo propio el placer ajeno; y añade, que le costaba tan poco el complacer y servir á sus semejantes, que no debia tomarse como mérito por cuanto ni aun pensaba en sí misma.

En todo el tiempo de su larga enfermedad y de su dilatada convalecencia, no se le oyó jamás una queja: su conformidad, su paciencia, la dulzura de sus palabras y de sus modales, en medio de tan amarga situacion, admiraban y enternecian á todos.

«Leia—dice—la vida del Santo Job, y esta lectura me sirvió de mucho para tener paciencia en mis grandes trabajos, pues lo que yo sufría no me parecia nada, comparado con lo que él sufrió.»

Aquella conducta verdaderamente heroica; aquella continua batalla con los instintos materiales, en los que el alma salia siempre pura y triunfante, se hicieron públicos por la ciudad que empezó á llamar á Teresa Cepeda con el dictado de SANTA.

Su salud, si bien tan lentamente como queda dicho llegó á recobrarse; pero, ¡oh, crueldad infatigable de su destino! ¡con ella revivieron las aficiones mundanas y su profunda aversion al claustro!

La misma santa lo confiesa con una notable ingenuidad; á medida que se alejaba la muerte, se debilitaban sus piadosas disposiciones y volvía á pensar en las delicias del mundo con toda la vehemencia de que su alma era capaz.

Comenzó de nuevo aquella lucha terrible que habia amargado los más bellos y floridos años de su existencia; porque Teresa conocia demasiado bien lo que convenia á su eterna felicidad, y sin embargo, no podia avasallar el deseo voraz, inmenso, que la arrastraba hácia las pompas y vanidades del mundo.

«Yo no quiero mirar fuera de mi monasterio—escribia á Sor Inés, su amiga de las Agustinas;—quiero ver si entre estas santas paredes, á las que me he adherido por los votos de mi profesion, hallo la tranquilidad que mi alma necesita: ¡feliz vos, oh, amiga mía, que vivis ahí con la dulce paz de una conciencia pura!... yo estoy, y tal vez estaré siempre, mortalmente azotada por el viento de mis pasiones; y no puedo, por más que en ello me esfuerzo, conquistar la tranquilidad que temo haya huido de mí para siempre!»

En efecto: Teresa se sujetó al régimen más duro: se negó hasta á recibir á su propia familia: se abrumó de penitencias; pero su imaginacion era un fuego que la devoraba y que todos sus esfuerzos no podian apagar.

Cayó por entónces su padre peligrosamente enfermo, y Teresa se dijo que debia ir á asistirle, sirviendo así un pretexto sagrado para romper sus prisiones, que ya empezaban á serle de nuevo intolerables.

Encontró á su padre casi moribundo; mas, al verla, hizo el anciano un movimiento de admiracion dolorosa que fué para la santa la más cruel de las reconvenciones.

Pidió el anciano que le dejaran solo con su hija, y la reconvino severamente por la primera vez de su vida, á causa de su injustificable conducta.

Teresa, aterrada, se dejó caer de rodillas junto al lecho del moribundo anciano, y ocultó sollozando el semblante entre sus manos.

—Si quieres que muera tranquilo, prosiguió D. Alfonso, ofréceme que volverás á tu convento y que ya no te apartarás de las reglas de tu religion.

—Yo os obedeceré, padre mío, así que Dios os haya llamado á una vida mejor, repuso la jóven; por ahora, dejadme cuidaros, y me iré preparando para cumplir vuestros deseos.

El anciano experimentó un alivio por algunos días, durante ellos, observó á su hija y pudo convencerse de que no cumplia con ninguna de las reglas de la orden, y de que vestia, comía y obraba en todo absolutamente como si fuera seglar.

Don Alfonso la reconvino de nuevo empleando alternativamente los ruegos y las severas reprensiones, y obtuvo de su hija la formal promesa de enmendarse y de seguir constantemente la entonces suave regla monástica de su orden.

Pocos días despues murió D. Alfonso, y Teresa, en cumplimiento de su promesa, volvió á su monasterio.

(Se continuará.)

HISTORIA NATURAL.

LA GAMUZA Ó RUPICABRA.

¿Veis en la punta de aquella roca escarpada de los Pirineos ó de los Alpes, ese tan lindo como pequeño cuadrúpedo que parece está haciendo centinela ó vigilando mientras que en la meseta inmediata otros animales de la misma especie están pasciendo la tierna yerba ó lamen la superficie salinosa de las piedras?

Esa es la gamuza, ó por otro nombre la rupicabra.

A primera vista creéis ver una cabra doméstica, por que tiene su talle, el ademán y casi la misma figura; pero no tiene barba, sus ojos son mayores, más hermosos y vivos, que revelan un natural más tímido y ligero. Su frente está coronada de dos pequeños cuernos de un negro de ébano, que arrancan de sobre los ojos, y se encorvan luego como para proteger dos orejas finas y afiladas que se ven derechas ó caídas como para adornar su pescuezo.

Es del tamaño de una pequeña cabra, y la cubren dos especies de pelos, los unos lanosos, castaños y muy abundantes; los otros sedosos, secos y muy quebradizos.

Este animal es de color castaño subido en invierno, y de castaño leonado en verano. Su cabeza es de color amarillo claro, con una faja en el hocico y en torno de los ojos. Alrededor de las nalgas tiene una lana fina muy blanca. Los cuernos son negros, verticales y rectos, aunque al llegar á la punta se encorvan de repente hacia atrás.

La gamuza es el único animal de la familia de los antílopes, que tenemos en el centro de Europa, y aún es tan raro, que solo se hallan algunos en la cima de los Alpes y de los Pirineos franceses.

Vienen en manadas, que son diezmadas en el tránsito por los cazadores y por la voracidad de otros animales.

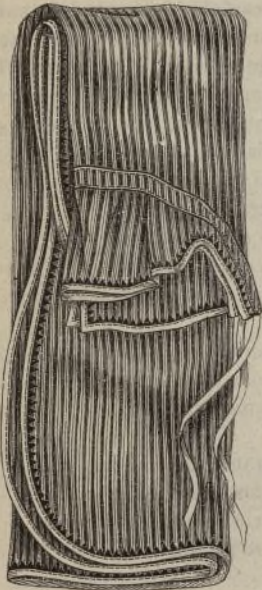
Les gustan los riscos de los más altos montes, huyendo del ruido más leve.

Tiene la gamuza una agilidad incomparable. Salva los precipicios, trepa por las cuestas más rápidas, sigue los más estrechos senderos á la orilla de los abismos, salta de risco en risco, se para en la punta del pico más agudo, donde apenas tiene lugar para colocar los cuatro pies, y todo con una facilidad de movimientos y una seguridad, que al paso que prueban su fuerza muscular, indican la certeza de su golpe y la viveza de su ojo perspicaz (1).

Como no puede oponer á sus enemigos más que la fuga se han perfeccionado sus órganos de la vista, olfato y oído, de un modo que es muy difícil que nadie logre sorprenderla; y á más de esto, cuando la manada está pasciendo, hay siempre dos ó tres machos viejos de centinela observando el campo, y por poco que algun objeto excite su recelo, avisan á sus compañeros, por medio de un agudo silbido, y todos se dispersan con una prontitud inconcebible, hasta el punto que en un abrir ó cerrar de ojos todos han desaparecido por medio de precipicios y riscos, donde nadie puede seguirlos.

Por esto no los alcanzan con perros, y el cazador se ve obligado á ir á exprimarlos en medio de las peñas con riesgo de hundirse en algun precipicio, no obstante los garfios de hierro que llevan en los talones; y es preciso que vaya arrastrando con el vientre pegado al suelo, á fin de no ser notado y poder acercárseles á tiro de escopeta. Por consiguiente, esta caza es muy

(1) Creen muchos cazadores que el Aguila ve menos que la Gamuza ó Rupicabra.



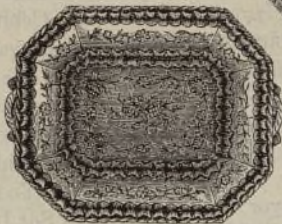
8. Delantal con peto para casa.



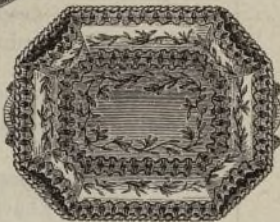
7. Arandelas para juego de lavabo. (Véanse los núms. 5 y 6)



10. Bolsa para ropa blanca.



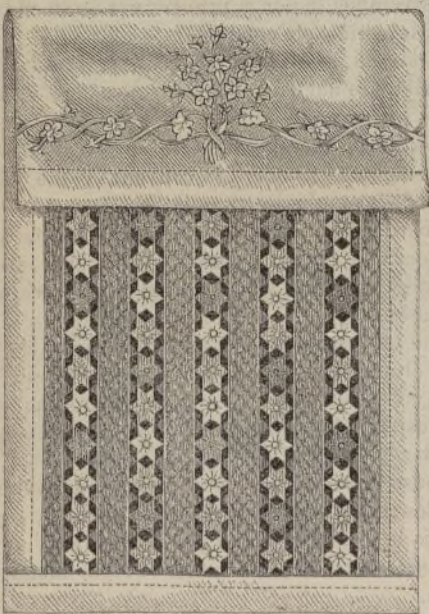
11. Canastilla bordada.



12. Canastilla bordada.



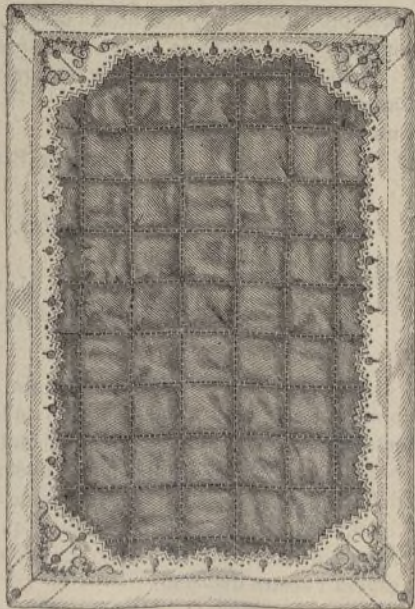
13. Canastilla cubierta. (Véanse los núms. 11 y 12).



14. Edredon de piqué y mosaico de seda.



15. Ejecucion del edredon núm. 15.



15. Edredon bordado y bastillado.

arriesgada, y muchos mueren en los precipicios, hacia los cuales las mismas gamuzas los impelen cuando no pueden abrirse paso de otro modo.

Al aproximarse el invierno, estos animales abandonan la pendiente Norte de los montes y pasan á la que hace cara al Sud, pero nunca descienden al llano.

Entran en celo por Otoño. La gestacion dura cuatro ó cinco meses, pasados los cuales la hembra da á luz un solo hijo, y muy rara vez dos, en Marzo ó Abril.

Cuidan de su cria hasta Octubre, en cuya época los jóvenes se confunden con el resto de la manada, compuesta de quince ó veinte individuos.

Su carne es buena para la alimentacion del hombre.

Cuando el animal está bien cebado puede dar hasta doce libras de grasa, mucho

mejor que la de la cabra.

Sus astas se utilizan para varios objetos, siendo mejor que la del buey y que la de la cabra para construcciones de arte.

Su piel adobada, sirve para vestidos, calzones y guantes, que tienen una larga duracion. En Francia todas las señoras gastan guantes de esta piel para montar á caballo ó guiar el carruaje.

La gamuza ó la rupicabra, que por ámbos nombres es conocida, es un animal que si fuera más doméstico y pudiese vivir en los bosques y montes de la Península, vendría á surtir de carne nuestros mercados y aumentaría considerablemente la industria nacional con el producto de sus ricas pieles y sus astas negras y lustrosas.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

¡POBRE MADRE!

BALADA.
(Conclusion).

V.

Está anocheciendo.

En esa hora misteriosa en que el último suspiro de la tarde se pierde en el silencio de la noche.

La argentada luna aparece tras el monte, riellando en las tranquilas ondas del lago, y sus tibios resplandores difunden una débil claridad por la llanura.

La fresca brisa del Abril florido, impregnada de mil olores suaves, viene á acariciar blandamente el rostro del labriego, que abandonando los aperos se retira á su tranquilo hogar.

Por la estrecha senda que conduce á la ermita de la aldea, se ve caminar con paso tardo á una mujer que se dirige al santuario.

Es Magdalena, la madre de Páblo el recluta.

Hace cinco años que su hijo falta de su lado, y ni una sola noche ha dejado de ir á rezar por él ante la sagrada imagen de la Virgen, y á pedirle por su vida.

Desgraciada madre!

Su terso rostro que al blanco mármol igualaba, hoy se ve surcando de arrugas, signo evidente, de una prematura vejez.

Su larga cabellera, más negra y brillante que el luciente ébano, ha encanecido ya; y su viva y penetrante mirada tornóse triste é indecisa....

Ni una lágrima surca por su mejilla, que el dolor marchitó.

Contempladla un momento.

Ha entrado en el santuario, y puesta de hinojos se la ve con la frente inclinada hacia el suelo.

Una lámpara pequeña pendiente de la bóveda difunde una débil claridad por el templo, y á su oscilante luz descúbrese apenas á la infeliz viuda.

Está sola: reza fervorosamente: y en medio de



Pl. 117

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Senoras.

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

sus oraciones se la oye murmurar en voz baja el nombre de su hijo.

De pronto levanta su frente abatida por el dolor, y pónese á escuchar un canto lejano que apenas se percibe.

Es Antonio, el inseparable compañero de Pablo, que vuelve ya licenciado del ejército, y que viene entonando esta estrofa de un aire popular:

—Decidme, áuras fugaces, decidme por piedad, si en la ausencia me ha sido mi amada desleal.

Empero ella ha reconocido su voz, y ligera como el viento sale al camino á encontrar al amigo de su hijo.

Fatigada, jadeante, llega hasta él y le pregunta:

—Mi hijo, vive?

Pero el buen Antonio fija en ella sus

ojos compasivos, y por toda respuesta la señala al cielo.

—Muerto!!... grita entonces en el paroxismo de su dolor.

Y dando luego una carcajada horrible, estridente, se lanza corriendo en dirección de la aldea.

La infeliz estaba loca.

VI.

Desde aquella funesta noche, la desgraciada Magdalena vaga silenciosa por los prados que vieron nacer á su querido hijo.

Hay ocasiones en que se detiene ante algún árbol, ante alguna fuente sonora, que encierra recuerdos para su corazón doliente, y dice con seguro acento:

—El volverá!

Y pasa días enteros sentada á orillas del arroyo, contemplando

el curso tranquilo de sus limpidas aguas.

Allí, fija á veces su mirada en el cielo, recuerda tal vez su pasado, y una lágrima entonces se desprende de sus ojos...

Pobre madre!...

Esta sola lágrima encierra el triste secreto de su vida: la historia de sus dolores.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

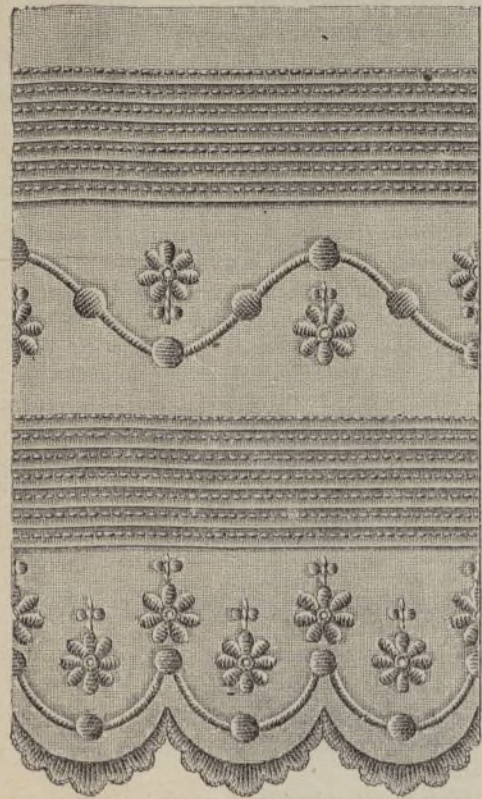
por

ANGELA GRASSI

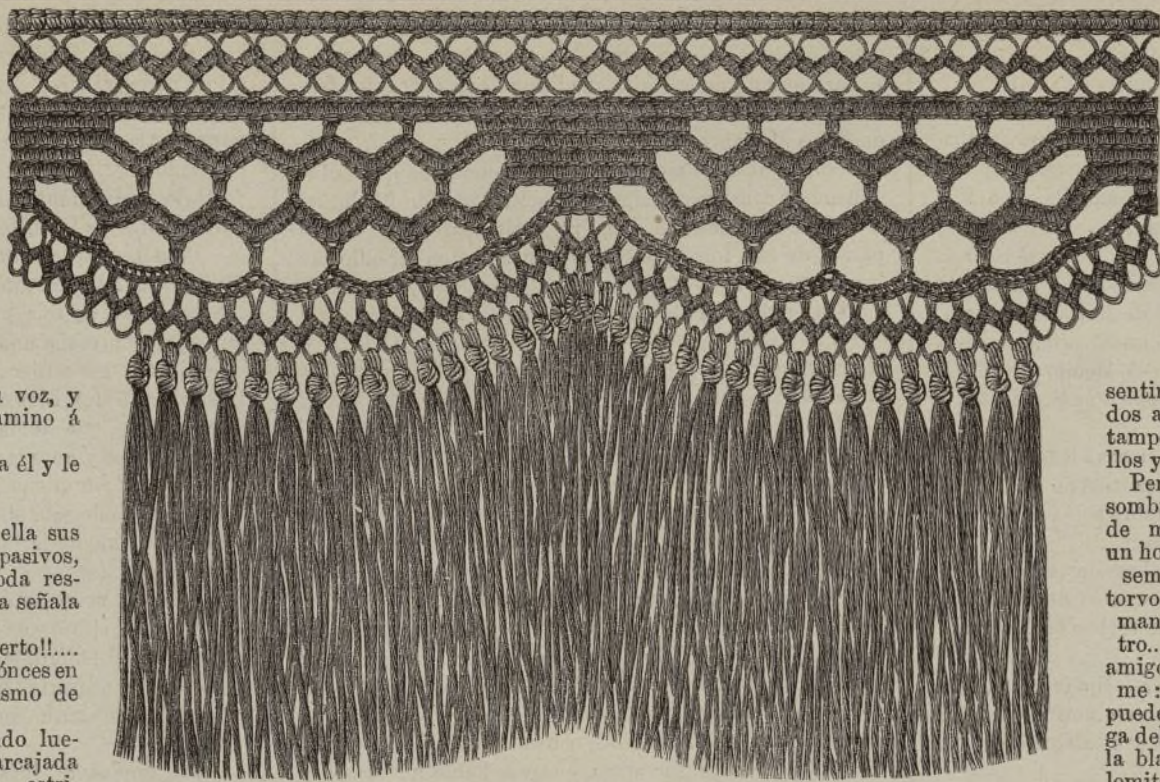
(Continuación).

—Abre á tu esposo, me dijo con voz tan dulce como la de los ángeles: abre á tu esposo, que viene á consolarte...

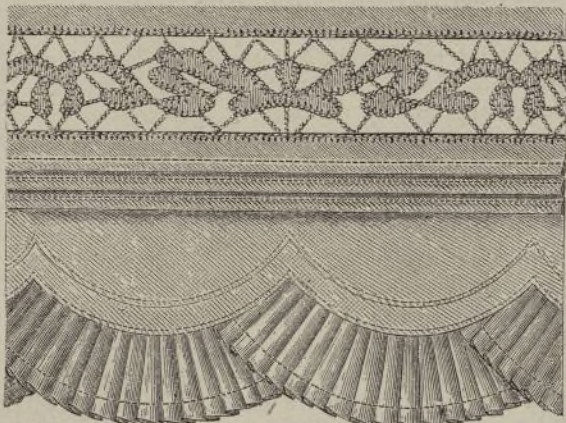
Olvidé mi juramento... olvidé por un instante la tierra y el cielo... Le abrí! Susana se interrumpió, se cubrió el rostro



25. Guarnición para enagua ó pantalon.



17. Fleco con pié de crochet.



20. Adorno para enagua.



23. Entredós bordado.



24. Guarnición bordada.



necia y se me helaba el corazón dentro del pecho...

Un día esperé en vano al que era luz y encanto de mis ojos... En su lugar vino el hombre de funesto aspecto... Mensajero de desastres, me anunció que crueles enemigos perseguían á mi esposo... Me dijo que aquella misma noche vendría uno de estos á visitarme, y que era preciso que le agradase, para arrancarle el perdón del ídolo de mi alma...

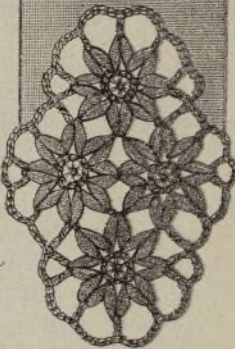
Seguí sus consejos, me puse mis mejores galas, deseé parecer hermosa para conquistar el cora-

tro con las manos, y prorumpió en nuevos y desgarradores sollozos.

—Sigue, sigue por Dios! dijo Marta anhelante.

—¡Oh, cuántas rosas y claveles hay en mi cuarto por las mañanas!... repuso Susana. ¡Oh, que espléndido es el sol que penetra á hurtadillas por entre las persianas verdes!... ¡Oh, cuán hermoso es él, que está de rodillas á mis plantas!... No somos esposos aun; pero en breve lo seremos: en breve llegarán los documentos necesarios y el consentimiento de sus padres!... ¡Un año... dos años... no: un mes... dos meses... tampoco...! ¡Oh, qué bellos días, qué bellos y felices días!...

Pero tú no sabes, así como sigue la sombra á la luz, así seguía al dulce bien de mi alma, un hombre de semblante torvo, de ademán siniestro... Eran amigos!... Díme: ¿cómo puede ser amiga del gavilán la blanca palomita? Al ver á aquel hombre, todo mi gozo se desvanecía y se me helaba el corazón dentro del pecho...



19. Corbata de cinta y crochet.

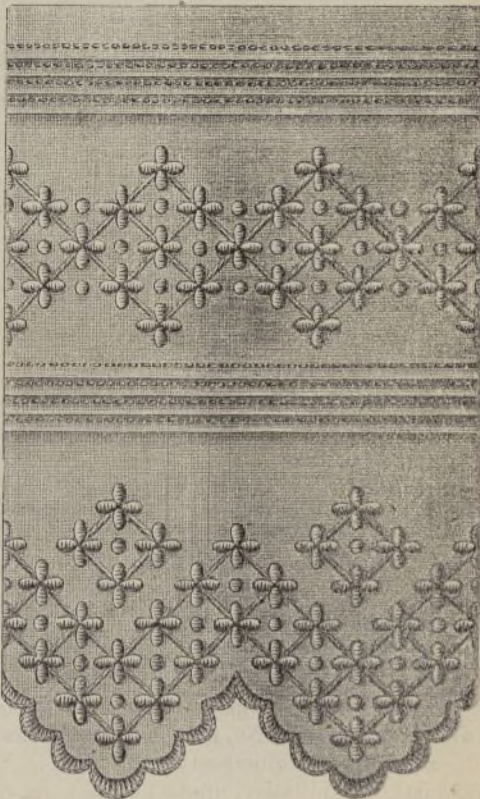
zón de mi enemigo... Y vino, y fui coqueta hasta obligarle á que me ofreciese de rodillas la salvación de mi esposo.

Pero cuando me regocijaba ya con mi triunfo, oí agitarse las ramas del jardín... Corrí á la ventana... ¡Era él que se alejaba!... Por qué?... En vano le llamé!... en vano le tendí los brazos!... No me oyó!... No quiso oírme!... Se fué: no volvió más: nunca más... nunca más!

Susana se interrumpió de nuevo: su pecho estaba agitado: su rostro descompuesto: sus ojos habían perdido el brillo de antes, y sus brazos pendían á lo largo de su cuerpo.

—¿Qué pasó después? murmuró en voz baja, haciendo visibles esfuerzos para fijar sus vacilantes ideas, no me acuerdo... Ah, sí... ¡Por qué me traen esa caja blanca, adornada con lazos azules y color de rosa!... ¿Qué es lo que contiene? ¿Qué es lo que van á hacer!...

Espera, espera!... Ya me acuerdo! Abren un hoyo, y arrojan encima de la caja tierra, mucha tierra, sin una flor... sin una lágrima!...



26. Guarnición para enagua ó pantalon.

¡Oh, hijo mio, ángel mio, ángel de mi vida, que vas á dormir allí solo, desamparado, yerto!...

Y la triste Susana enmudeció anegada en llanto.

Hacia rato que Marta no la escuchaba.

Habia penetrado en su corazón una horrible sospecha, desgarrándose como si fuera un dardo envenenado. Recordaba otra historia semejante á aquella, contada, como aquella, entre lágrimas y suspiros.

—No ves á ese hombre? preguntó de repente Susana en voz baja y señalando con ademán de terror un ángulo del aposento: ¡no ves á ese hombre de siniestro aspecto, que está allí inmóvil, frío y silencioso!... Siempre está delante de mis ojos! De noche, de día, siempre!... ¡Es él, ó es la sombra de mi madre, que viene á pedirme cuenta del perjurio cometido!...

—Susana, por Dios, reúne otra vez tus ideas, exclamó Marta, rechaza las fantasmas que perturban tu mente: pronuncia una palabra sola, un nombre solo.... Dime cómo se llamaba el amado de tu corazón....

Marta, al pronunciar estas palabras, estaba pálida, temblorosa.... ¡Ansiosa saber; temía saber demasiado!...

El desorden de su alma acabó de turbar la razón de la pobre Susana.

—No temas, madre mía, no temas! dijo cruzando las manos en actitud suplicante, ¡no le veré más!... ¡Cerraré puertas y ventanas!... ¡Seré sorda á sus palabras, ciega á sus miradas!....

—No soy tu madre, interrumpió impetuosamente Marta, soy la que viene á salvarte. Dime cómo se llama ese hombre....

Susana, en vez de responder, se puso á anudar las puntas de su pañuelo, murmurando en voz baja:

—Duerme tranquilo, niño mio, duerme, duermel!

Y empezó á cantar, imitando el arrullo que emplean las madres para adormecer á sus hijos.

Marta se retorció las manos con desesperado enojo.

De repente cruzó por su imaginación un recuerdo.

—Tenías un retrato, dijo, dámelo para que tu madre no lo vea!... Yo lo ocultaré!...

—Oh, exclamó Susana, cuya fisonomía se iluminó con un reflejo del cielo, su retrato! ¡Jamás se separa de aquí, de mi corazón!...

—Y si ese hombre de torvo aspecto te lo quita? ¡Mírale allí, mírale como se acerca!... Dámelo, yo lo ocultaré!... Pronto.... pronto!...

Susana, trémula, azorada, se quitó el medallón y lo puso furtivamente en las manos de Marta.

Era tal su palidez, que esta tuvo remordimientos de haber apelado á aquel medio para arrebatarla su tesoro.

Pero el momento era supremo: dependía de aquel momento el porvenir de su alma y de su vida.

Y sin embargo, cuando tuvo en sus manos el medallón, no se atrevió á mirarlo.

Su frente estaba inundada de sudor; los latidos de su corazón eran tan violentos, que hacían temblar el follaje.

Por fin su enérgica voluntad se sobrepuso á su espanto: fijó los ojos en el medallón, pero dió un grito y cayó desplomada sobre la hojarasca.

Aquel retrato era el retrato de Pablo!

Ay, desdichada Marta!

Cuando la muerte acecha á un ser querido, en vano parientes y amigos nos la muestran con el dedo; en vano en lúgubre coro nos repiten: *está ahí*.... Cerramos los ojos para no ver, los oídos para no oír, y solo adquirimos la horrible certidumbre al escuchar el primer golpe de martillo descargado sobre el ataúd que debe servirle eternamente de guarida.

¿Quién puede decir entonces lo que experimenta el alma?

Tal era el estado de la triste joven.

En medio de su horrible desesperación, todo lo veía claro y bajo su verdadero prisma.

Su desesperación era como una luz interior, que ponía de manifiesto los más recónditos detalles.

La indiferencia, el desvío de Pablo, quedaban perfectamente explicados. Había amado á aquella mujer con frenética pasión, y la amaba todavía.

Marta estuvo algunos instantes como el náufrago batallando entre las olas, como el que despierta de repente en una tumba ya muerto para el mundo....

Pero al deslucido sucedió la reacción, y el egoísmo, que ya había alzado su voz en la pradera, vino otra vez á conturbar su alma.

—Y qué me importa á mí esta mujer? pensó, ¿por qué ha de venir á arrebatarle un corazón que yo he regenerado, al cual yo he consagrado todos mis desvelos, todos los afectos de mi alma? No, no! ¡Soy acaso su madre, soy su hermana, soy ni siquiera su amiga?

¡Es justo, es equitativo, que renuncie á mi felicidad por una desconocida, á quien no conozco, á quien no amo!...

Su hijo ha muerto; ella ha perdido la razón. Estar aquí ó en Leganés, ¿qué importa?

Para que no me estorbe, me basta dejar caer estas frágiles ramas, me basta romper esta carta y entregar sus despojos al viento, me basta *querer*.

Pero, y Dios que me ve? y mi conciencia que lo sabe?

Aunque consiguiese algún día ser amada de Pablo, en medio de mis delicias, siempre vería aparecer el rostro pálido de esa infeliz, siempre resonarían en mi oído sus lamentos.

Pero perder la esperanza, renunciar á Pablo!...

No hay nada que revele mejor la grandeza de Dios y el origen divino del hombre, formado á su imagen y semejanza, que esas luchas titánicas que se traban en su débil corazón, y de las cuales triunfa, abrazando con resignada fé el martirio doloroso.

Marta triunfó de su egoísmo, miró al cielo, aceptó el cáliz amargo, y lo apuró hasta las heces.

Hecho ya el sacrificio de sí misma, dejó caer el follaje que cubría la claraboya, se sentó sobre la yerba, y se entregó á una meditación profunda.

Susana era inocente. Aquel hombre de torvo aspecto á quien aludía, no podía ser otro que Simeon, el ángel malo de Pablo. El sin duda, había desunido, destrozando, aquellos dos corazones, ocultando á Susana que Pablo estaba en el hospital, ocultando á Pablo que tenía una prenda de su cariño, porque Pablo no la había hablado de aquel hijo, muerto sin duda al nacer, y víctima del dolor vehemente de su madre.

¿Qué le importaban á Simeon estos amores? ¡Los había roto por celos, por envidia, ó quizás porque le servían de estorbo para alguna de sus tenebrosas maquinaciones?

Marta se fijó en esto último.

—Susana es pobre, pensó; pero debiera haber sido rica según ella dice....

Acordóse sin saber cómo de aquella madre y aquella hija, desheredadas por la desaparición de las dos hojas de los libros parroquiales, causa de la desgracia de don Eusebio, de la inmensa fortuna pasada á manos extrañas, de la cajita, cuya procedencia se ignoraba, pero que Simeon quería poseer á todo trance, y no comprendiendo, pero adivinando el extraño enlace que tenían unos sucesos con otros, murmuró llena de turbación y de asombro:

—¿Qué es lo que quieres de mí, Dios mio? ¡Soy yo la elegida para aclarar el enigma? ¡Soy yo la encargada por tu justicia, para quitar la máscara á los opresores y devolver su honor y su bienestar á los oprimidos? Sea! ¡Yo acepto el cargo aun á costa de mi dicha!

Apartó la enramada.

Susana, pálida é inmóvil, cantaba en voz baja la siguiente canción, triste como su destino:

Oruguilla que quiso
Ser mariposa,
Bien estás entre el fango
Hollada y sola.
Copo de espuma,
Si no le riza el viento
Es agua turbia!

Marta recordó que era aquella misma canción la que había oído en sus labios la noche de su encuentro, y dedujo que debía estar relacionada con algún suceso de su vida.

—¿Quién te ha enseñado eso? la preguntó.

—No oyes como lo cantan á la puerta de mi casa? exclamó Susana con indecible angustia.

—Por Dios, aléjense VV.; por Dios, más bajo!... añadió como si se dirigiese á personas invisibles.... ¡Pobre madre mía! Parece un lirio de los campos, según está de pálida. Por más que rezo en voz alta, siempre llega á sus oídos ese canto!...

La movable fisonomía de Susana tomó de repente una expresión sombría.

—¿Cómo, gritó enfurecida, hasta debajo del ciprés que oculta su sepultura venís á cantar, almas de roca!... ¡Madre mía, madre mía, duerme, reposa; yo cubriré tu tumba con mi cuerpo; yo te entonaré tan dulces preces, que no oirás las voces que te apenan....

Y extendió sus brazos en el vacío, como si efectivamente ocultase algún objeto.

—¿Dime, interrumpió Marta, eran las gentes del pueblo las que insultaban á tu madre, por no haber obtenido la herencia que esperaba?

Susana dilató sus párpados, y tras algunos segundos de reflexión, hizo un signo afirmativo.

—Y por qué no obtuvo esa herencia?

Susana se encogió de hombros.

—¿Fue porque se hallaron cortadas dos hojas de los libros parroquiales?

—Sí, sí! exclamó Susana con júbilo, al ver descifrada su confusa idea.

—¿Luego has nacido en Inestrillas, luego tu madre se llamaba Isabel y tu abuela doña Ruperta?

Susana, que había ido contestando con signos afirmativos, al oír este último nombre prorumpió en una estrepitosa carcajada.

—Mira que vieja tan extraña! exclamó. ¡Seca, apergamínada, tiesa, con unas narices muy largas y la barba puntiaguda!....

Marta sabía cuanto quería saber; solo había un punto indescifrable en la misteriosa historia.

—Pero dime, preguntó de nuevo, ¿quién te ha traído aquí? por qué te han traído aquí!...

Susana cesó de reír y levantó rápidamente la cabeza. Su rostro expresaba una cólera salvaje.

—¿Eres tú esa mujer, gritó, que pretende haber sido amada de Pablo? ¿Eres tú la que quieres oír de mis labios si era verdad que debía ser mi esposa? Sí, sí, sí! ¡Te lo juro ante Dios y ante los hombres! ¡Por qué te enfureces de ese modo? por qué pretendes arrebatarle su retrato!...

Pero en dónde está el retrato?... ¿por qué me lo has robado?... infame mujer! por qué me lo has robado?... ¡Es mío, es mío!...

Daba tales voces, golpeaba los barrotes con tal furia, que Marta se sintió sobrecogida de terror, y por primera vez recordó el peligro en que se hallaba.

Para tranquilizarla puso en sus manos el medallón; pero nada consiguió con esto, pues Susana seguía gritando:

—Vil, impostora, infame!...

Para colmo de infortunio, Marta oyó en aquel instante ruido de pasos precipitados que se acercaban y un fuerte golpe dado en la puerta de la choza.

—Ohé, tía Rufina, ohé! gritó una voz varonil.

Marta dejó caer la enramada y se incorporó transida de pavor.

El que llamaba era Gaspar!

XIV.

LA POSADA DEL GALLO AMARILLO.

—Adios, hijo mio, decía el anciano caballero, estrechando entre sus brazos á Elías, sentado sobre sus rodillas. Adios: cuando haya hallado á las prendas de mi corazón y haya puesto en orden mis negocios, volveré á abrazarte.

Quizás entonces consiga que tu padre me permita llevarte una temporada á Inestrillas, como me ha permitido que esta noche durmiéramos en el mismo cuarto. ¡Oh, si me fuera dado llevarte conmigo desde ahora!

—Vámonos al cielo! murmuró Elías. Estaremos tan bien entre los ángeles!

Y señaló con su manecita pálida y descarnada el horizonte, en donde el sol se levantaba entre nubes de fuego.

Su rostro al hablar así no expresaba tristeza alguna, sino suave complacencia.

—No pienses en eso, dijo el caballero besándole en la frente, piensa en los que te aman; piensa en mí, en aquella señora tan buena que te llamaba hijo....

—Sí, sí! respondió Elías sonriendo dulcemente, pero con los ojos llenos de lágrimas.

El anciano lo puso en el suelo, y levantándose, empezó á pasearse con agitación por el aposento.

Era tal su deseo de partir, que se había echado vestido sobre la cama; pero el alba perezosa parecía haber tardado más que nunca en recorrer los rojos cortinajes del oriente.

Había tenido paciencia para esperar durante veinte años, y próximo á tocar la realización de su esperanza, no tenía paciencia para esperar algunas horas.

—Si viera V. lo que he soñado esta noche! dijo de pronto Elías. Me ha hecho tal impresión mi sueño, que no puedo desechar su recuerdo. Dormía tranquilo cuando me pareció que sobre las paredes se dibujaba una sombra negra, que iba creciendo, creciendo, y se iba extendiendo como si quisiera envolvernos. Después me pareció que una mano disforme se posaba sobre su corazón de V. y se lo arrancaba.... ¡A veces me parecía una mano, á veces un pájaro de grandes alas!... Me desperté sobrecogido, y quiere V. creerlo? Aún con los ojos abiertos me pareció ver á un hombre gigantesco que se iba alejando paso á paso.

—Estás aún débil, hijo mio, y la debilidad produce pesadillas, dijo el caballero, continuando en su agitado paseo.

Por fin las campanas de la iglesia llenaron el ambiente de graves melodías.

Era que llamaban á los fieles á la primera misa.

El caballero abrió la ventana y vió cruzar por la calle algunas mujeres cubiertas con sus mantos y algunos hombres envueltos en sus capas, que acudían presurosos al divino llamamiento.

Casi al instante se entreabrió la puerta del cuarto, y la posadera del Gallo amarillo asomó su rubicunda faz por la rendija.

—¿Han hallado VV. ya carruaje para Inestrillas, como encargué anoche? preguntó el anciano.

—El mozo lo anda buscando, respondió la posadera, pero entre tanto, ahí está una señora de Inestrillas que desea verle á V.

Conmovióse el anciano al oír esto, dióle un salto el corazón, temeroso y esperanzado al mismo tiempo, y exclamó dirigiéndose á la puerta lleno de impaciencia.

—¿Quién es? que entre!...

Volvióse la posadera hacia lo interior de la casa, hizo una seña, y apareció doña Tiburcia envuelta en su negro manto.

Era la misma doña Tiburcia de veinte años atrás: con la misma pelucona, el mismo aire descocado y entrometido, la misma caja de plata por divisa.

El caballero nunca la había podido ver; pero sea quien sea siempre recibimos con trasportes de júbilo al heraldo de la patria, al que nos trae su ambiente y sus perfumes.

—Es V? exclamó con efusión, tendiéndola la mano.

Doña Tiburcia se hizo atrás, le miró de hito en hito, y exclamó:

—Hola! conque V. me conoce? Pues yo no le conozco á V. ni pizca....

—No es extraño, se apresuró á decir el caballero, los sufrimientos suelen cambiarnos mucho, ¡y yo he sufrido tanto!... Soy Máuro!... el hijo de doña Ruperta!...

La matrona permaneció fría é inmóvil sin pestañear siquiera.

—¡Ya, dijo por fin, eso me había dicho Gaspar, ya!...

Miró á la posadera, que se había quedado apoyada en el marco de la puerta, y se sonrió de una manera extraña.

Mauro no fijó la atención ni en aquella mirada de inteligencia, ni en aquel frío recibimiento, absorto en una sola y exclusiva idea.

—Hace mucho que falta V. de Inestrillas? preguntó anhelante. ¿Qué es de mi madre? ¿qué es de mi mujer y de mis hijos?

Estaba trémulo y convulso: casi le faltaban las fuerzas para sostenerse.

—Bien representado! dijo Doña Tiburcia, volviéndose de nuevo hacia la posadera, y refrescando sus narices con un enorme polvo de tabaco, que cayéndola en parte sobre el pecho, puso de color de chocolate las cintas de su blanca papalina.

Esta vez Máuro se sobrecogió, y exclamó con extrañeza:

—¿Qué significa esto? ¿qué quiere V. decir?

—Que la posadera no ha cumplido con su deber; pues la ley manda que no se de albergue á nadie sin que antes presente sus papeles.

—Diantre! como venia con Gaspar! murmuró la posadera.

—Pues dinero no podré tener, pero papeles en regla, sí! exclamó el anciano poniéndose rojo de cólera al ver que dudaban de la buena fé de sus palabras.

Metióse apresuradamente la mano en el seno para buscar su cartera.

Pero la buscó en vano. Aquella cartera que había conservado durante veinte años en medio de tantos peligros, había desaparecido sin saber cómo.

Una luz instantánea iluminó su espíritu.

—¡Ah, no era sueño tu sueño, exclamó dirigiéndose á Elías, me han quitado la cartera! Anoche la tenía, estoy cierto de que la tenía... Cómo me la han robado? por qué? con qué objeto?

—¿Qué es eso de robar? vociferó la posadera, que era una mocetona alta y colorada, abalanzándose hacia él con aire amenazador. ¡Está V. en la posada del Gallo amarillo, y acá somos gente honrada y temerosa de Dios, y bien sentada tenemos nuestra opinion, y V. es un embustero bellaco que quiere atar los perros con longanizas y darnos gato por liebre! Está V.? Pero ya conocemos la hilaza, y es inútil que á esta tela la eche ningún remiendo... Está V.?... Y le llevaremos delante del señor Alcalde; que lo que no se hace por la noche, bien hecho está por la mañana, y al que madruga Dios le ayuda... ¡Está usted, señor deslenguado y trapisondero! Que así como me he de morir he de hacer que le ajusten buenas cuentas.

Buscaba Máuro por la cama y por el suelo la cartera, sin hacer caso de su confuso guirigay, cuando doña Tiburcia vino en auxilio de la enfurecida moza, diciendo:

—Tengo las narices muy largas, y al instante me calé la farsa. ¡Pues poquito conocía yo á D. Máuro, para que se me despintase nunca. Despues de pasar toda la vida como quien dice en Inestrillas; viéndole y tratándole desde que era tamañito!... ¡Pues que le pregunten á cualquiera de allí si conocen á este caballero... de industria! ¡Justitos tendría él ahora cuarenta y cinco años si viviera, que no vive, porque se ha probado su defuncion de una manera positiva, y V. parece un carcamal!... Ya se vé!... ¡Le habrán á V. dicho que Doña Ruperta era muy

rica, que su hijo y heredero murió en la mar, y cádate aquí que se puso en el magín hacer un buen negocio!

Inmóvil y como petrificado estuvo Máuro oyendo los vituperios de aquella mujer. En vano se preguntaba á sí mismo, qué motivos podían impulsarla á envolverle en una intriga de tan funestos resultados para él...

Recien llegado de América, suponía, pero ignoraba de un modo positivo, la muerte de su madre, y todos los acontecimientos que la habían seguido. Creía, por lo tanto, que su esposa, ó quizás su supuesta viuda, habría entrado á disfrutar de la pacífica posesion de sus bienes.

Aunque había contado su historia á Clotilde, lo había hecho someramente, hablándola más bien de su desgraciado viaje que de las circunstancias que le obligaron á emprenderle.

Por otra parte, Clotilde sabía que D. Jerónimo había heredado una inmensa fortuna en Inestrillas á falta de otros herederos de mejor derecho, pero no estaba tan impuesta en el asunto ni se ocupaba de los negocios ajenos hasta el extremo de relacionar unos hechos con otros y formar sobre ellos ningún juicio.

Así, pues, nadie hasta entonces había podido sacar al anciano de su error, ni se había cuidado de destruir sus dulces ilusiones.

—Pero dígame V., exclamó el infeliz fuera de sí, ¿cómo puedo ser yo un caballero de industria, y venir á pretender una herencia que tiene legítimos herederos!...

—¡Vaya, vaya, no se haga V. el desentendido y el chiquitín... atajó doña Tiburcia. Muy bien representa usted su papel; pero no puede pegárnela á mí que soy muy lista... Vamos á ver á ese muerto resucitado, me dije á mí misma cuando me lo contó Gaspar, y mucho será que no sea algun farsante á quien haya que quitar la máscara... Dicho y hecho!... Pero amigo, contaba V. sin la huéspeda... sin los tribunales, que no se andan en contemplaciones, y solo se atienen á la letra escrita, es decir, á los papeles...

—Por eso me han quitado VV. los míos! exclamó Máuro con ímpetu. ¡Pero la justicia también ampara á los inocentes, y castigará un despojo tan villano!

—¡Pues no está en sus trece de que aquí le hemos robado! vociferó la posadera, poniéndose en jarras y golpeando el suelo con los pies.

—Déjele V. que ande su camino, replicó doña Tiburcia, que para todos sale el sol... También Isabel, cuando falleció doña Ruperta, puso el grito en el cielo y proclamó sus derechos... Que si quieres!... Tuvo que roerse los codos de miseria y morir donde y como Dios la dió á entender, viendo que los parientes, es decir, los legítimos herederos, gozaban en paz de la herencia que había querido usurparles.

—Muerta mi madre! muerta Isabel! Dios mío, ¡qué está V. diciendo! gritó Máuro, olvidando su cólera y su peligro, ante tan aterradoras noticias.

No pudo resistir á tan imprevisto golpe, y cayó anonadado sobre una silla.

(Se continuará).

HACER CALENDARIOS.

Lo mismo que estar pensativo, cavilando ó discurriendo á solas, las más veces sin determinado objeto.

También decimos formar calendarios al levantar ó forjar castillos en el aire; aventurar pronósticos ó cálculos puramente imaginarios y ligeros, sin fundado motivo.

Tuvo origen de los que se ocupaban antiguamente en arreglar los calendarios para el uso comun, señalando y fijando los determinados dias en los cuales habían de suceder tales y cuales variaciones atmosféricas, y que el vulgo, y aun algunos que no creen pertenecer á esta clase, consultaban y creían como resultado de un estudio y cálculo fijo é invariable.

Derivase el nombre *Calendario* del latin *Calendarium*, procedente de *Calenda*, Calendas, que daban los romanos al primer día de cada mes.

Este nombre viene de la antigua palabra latina *calare*, formada de otra voz griega que significa *llamar*, porque en el primer día de cada mes el pontífice máximo de los paganos anunciaba en alta voz al pueblo reunido en el capitolio, el día en que serían las *Nonas*, y le instruía de las otras fiestas y demás ceremonias civiles y religiosas que era preciso observar durante todo aquel mes.

Macrobio dice que en este día el pontífice observaba la aparición de la nueva luna, lo que se llamaba también *calare* y de la que se derivó la voz Calendas.

Estas fueron llamadas *tristes y celeres* por los poetas, porque los acreedores exigían en el primer día de cada mes, ó sea en las Calendas, el interés ó usura de sus préstamos.

El senado romano se juntaba ordinariamente el día de las Calendas, de las Nonas y de las Idus de cada mes, excepto en los de Noviembre y Diciembre, que eran vacaciones. Despues Augusto mandó que no se juntara el senado sino en las Calendas é Idus.

Algunos autores griegos, ignorando la etimología de la palabra *Calendas*, imaginaron que en tiempo de uno de los Antoninos hubo en Roma una grande escasez ó carestía, y tres hombres llamados *Calendo*, *Nono* é *Ido*, alimentaron la ciudad, el primero por diez y ocho dias, el segundo por ocho, y el tercero por quince; y que en memoria de este beneficio dieron su nombre á tantos dias del mes cuantos habían cuidado cada uno de la subsistencia del pueblo romano.

Es muy extraño que esta opinion absurda tuviese apoyo entre los griegos, cuando mucho ántes de los Antoninos se usaba ya la palabra *Calendas*, y ellos podían haberlo visto en Ciceron, en Horacio, en Ovidio, etc.

Como los griegos no tenían *Calendas* en sus meses, esta circunstancia dió origen al proverbio que remitía *ad Kalendas grecas*, á las Calendas griegas las cosas que no habían de suceder jamás.

Daban también los romanos el nombre de *Calendas*, *Kalenda*, al catálogo ó tabla que señalaba las fiestas móviles y fijas que debía observar el pueblo, y de esto conservamos el nombre de *Calendario* que usamos en el día.

Suponen que los egipcios fueron los primeros que se sirvieron de los *Calendarios*. En ellos marcaban el curso de los astros, la época de las inundaciones del Nilo, la duración de estas, el tiempo de sembrar, de recoger la cosecha; noticias todas muy interesantes á un pueblo agricultor.

Llamábase también *Calendario* el registro en el cual anotaban los romanos los nombres de aquellos á quienes tenían prestadas algunas sumas, como hemos dicho, y el interés que pagaban por ellas. El encargado de esta comision se llamaba *Kalendarii curator*, añadiéndole el nombre de la ciudad, de la tribu ó del particular de quien administraba el dinero.

El primero que añadió el curso del sol, de la luna y de los planetas á nuestro *Calendario*, que ántes no contenía más que las fiestas eclesiásticas y el santoral ó nombre de los santos, fué Juan Muller, conocido más comunmente con el nombre de Regiomontano.

El nombre *Almanaque* que damos también al *Calendario*, dicen que se deriva del artículo árabe *al*, excelente, y de *manah*, cuentas.

Scaligea y otros quieren que proceda del griego *manakos*, el curso del mes, y de la partícula árabe *al*.

Pretenden también varios que su etimología viene del sajón *almoght*, derivado de *almoonheld*, que en alemán antiguo significa *recopilación de todas las lunas*.

Otra opinion que tiene cierta probabilidad, atribuye el origen del nombre *almanac* á una causa muy diferente.

Un monje llamado *Ginklan*, que vivía en Bretaña en el siglo XIII, arreglaba todos los años un librito acerca del curso del sol y de la luna, y del cual hacia sacar infinidad de copias. Este opúsculo se titulaba: *Dragonon al manah Ginklan*, palabras célticas que quieren decir: *Profecías del monge Ginklan*. Por abreviacion se llamó este librito: *El Monge ó La obra del Monge*.

La palabra céltica *manah*, ha pasado á la lengua rusa, en la cual el nombre monge se expresa por el de *monah*. Gonhis, últimamente quiere que este nombre venga de *almanha*, que en las lenguas orientales significa *estrenas*, porque los astrónomos en Oriente observan la costumbre de ofrecer un libro de *efemérides* en el principio de cada año, costumbre que se observa también entre algunas naciones modernas.

El *Panjámjam* de los brahmanes es una especie de *Calendario*.

Nuestros almanaques corresponden también á los *Fastos* de los romanos, cuyo origen se atribuye á Numa.

El primer *Calendario perpétuo* de que hace mencion la historia, es el compuesto por Abraham Zachut en 1500.

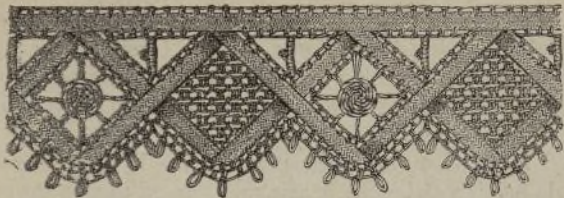
El nombre *Pronostico*, que se da también al *Calendario* ó Almanaque, se tomó por los vaticinios que suelen contener, anunciando las lluvias, vientos, etc.

Se le llama también *Añalejo*, porque contiene lo más notable de todo el año.

El *Calendario* es la tabla legal de todas las divisiones consagradas por la autoridad eclesiástica y política; es una especie de gran carta nacional, como dice Zafont, que prescribe el único modo admitido de notar las épocas de los actos públicos ó privados.

El *Calendario* es uno de los agentes más indispensables del orden social y de la administracion pública. Así es que el uso de un *Calendario* se encuentra en todos los pueblos desde los tiempos primitivos de su historia.

V. JOAQUIN BASTÚS.



29. Encaje irlandés.

VARIEDADES.

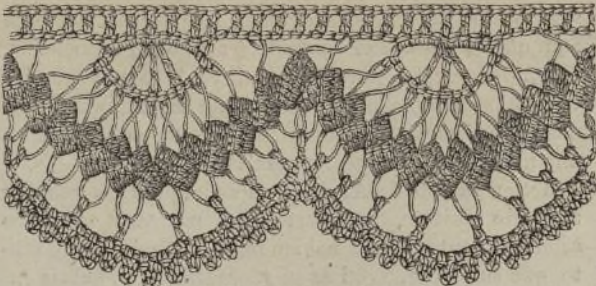
FLORES.—Se ha hablado de un procedimiento para teñir las, perfumarlas y darlas el color y el olor que no tienen naturalmente. El negro, el verde y el azul son tres colores muy raros en las flores y que los aficionados, como nosotros, desearían poderles dar. No es, sin embargo, difícil llegar a este resultado, según dice un tal M. Morren, químico francés. Para obtener el color negro que se ha de comunicar a la flor, Morren aconseja recoger ciertos pequeños frutos secos que se crían sobre los *alisos*, árboles de costa, que contienen mucho tanino; para conseguir el verde dice que debe tomarse el jugo o zumo de la *ruda* y el azul con los *acianos*, planta herbácea de flores azul-celeste, que en Europa crece entre el trigo. Bien secas estas materias, se las reduce a polvo fino, a fin de emplearlas de la manera siguiente: Hay que advertir primero que solo las flores blancas son susceptibles de recibir las modificaciones en color que quiera dárseles: tales son las rosas, claveles, dalias y siemprevivas blancas, las azucenas, jazmines, etc., del mismo color. Dicho esto, vamos a lo demás. Se toma el color de que se quiera impregnar la planta y se le mezcla con estiercol de carnero o cabra, una pinta de vinagre y un poco de sal marina o común, cuidando de que entre en la composición una tercera parte de la materia colorante.



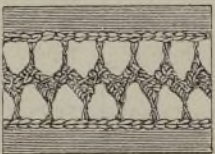
35. Entredós de crochet de horquilla.

Esta mezcla, que deberá tener la consistencia de pasta, se pone sobre la raíz de la planta, cuyas flores, repetimos, han de ser blancas. Se la riega con agua teñida del mismo color y por lo demás, se la trata del modo ordinario. Al poco tiempo, según M. Morren, se tendrá el placer de ver convertidos en negros, azules, verdes, rojos, amarillos, etc., los claveles, dalias o rosas que eran antes blancas.

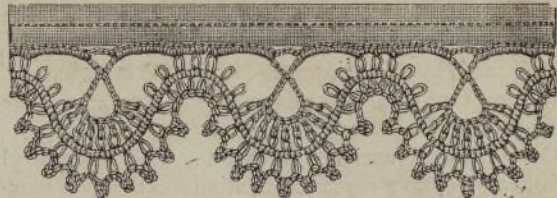
Creemos que con el fruto seco de la aroma del país, añadiéndole un poco de sulfato de hierro, podría conseguirse el color negro, y tal vez con polvos de agallas juntos con la misma sustancia. El verde y azul que M. Morren dice obtenerse con la ruda seca y los frutos de los *alisos*, podría conseguirse aquí también con la yerba mora, el añil legítimo en pasta, las hojas de higuera y otras muy colorantes. Para conseguir un matiz purpúreo, se puede emplear el palo del Brasil para la pasta y quizás las rasuras del sándalo rojo y del palo de



30. Puntilla de crochet.



32. Entredós de crochet.



31. Puntilla de crochet.

desde que se siembra la semilla. Si se reproduce por este medio, se deslíe estiércol de carnero en vinagre, y se añade un poco de almizcle o ámbar en polvo. Se ponen a macerar en este líquido, durante muchos días, las semillas y aún las cebollas que se han de plantar: así, las flores que de ellas salgan esparcirán un olor muy suave y agradable. Para mayor seguridad se deben regar las plantas *al tiempo de nacer*, con la mezcla en que se ha macerado la semilla, y hasta con agua de rosas, lo que se verifica también con plantas que se reproduzcan por raíz o estaca.

PELUQUERIA Y PERFUMERIA UNIVERSAL.

PLAZA DE SANTA ANA, NÚM. 15, 3 TIENDAS.

Con suma satisfacción anunciamos al público que en este establecimiento, el mejor en su clase, tanto por la baratura de los precios, como por la calidad de los géneros que en él se expenden, acaba de recibirse de París un magnífico surtido de perfumería, tan indispensable hoy en el tocador de las señoras.

Además de los extractos y los tintes, muy superiores, en castaño, negro y rubio, y de los blancos de todas

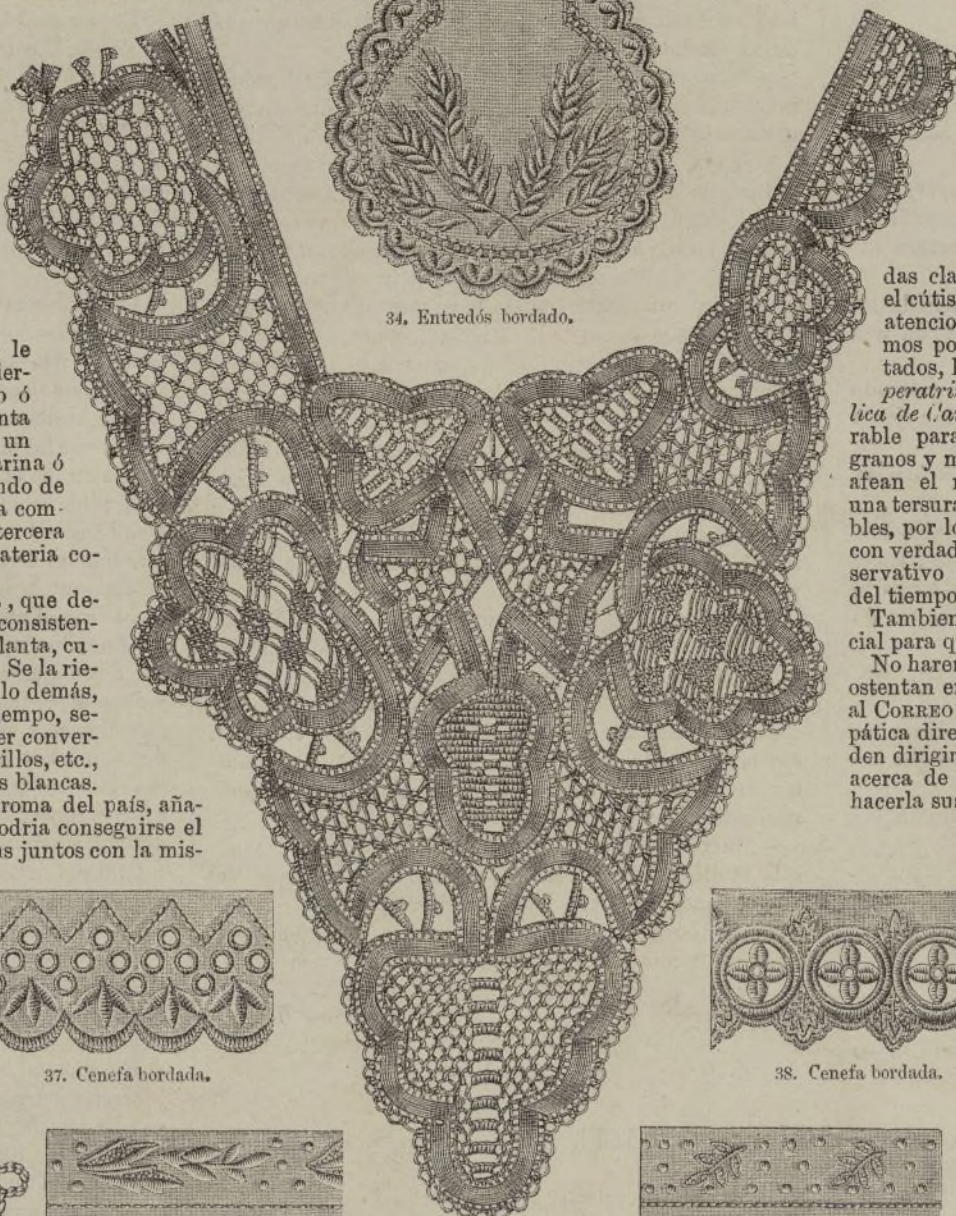
clases para embellecer el cutis, nos ha llamado la atención, y lo recomendamos por sus buenos resultados, la *Crema de la Emperatriz* y la *Leche antefética de Candés*. Esta es admirable para quitar los barros, granos y manchas que a veces afean el rostro; dando a este una tersura y limpieza admirables, por lo que se puede decir con verdad que es el mejor preservativo contra los estragos del tiempo.

También hay un agua especial para quitar el vello en pocos minutos.

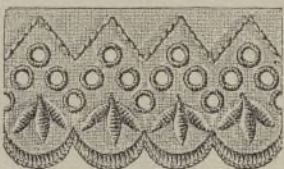
No haremos mención de los elegantes peinados que se ostentan en sus escaparates, pues las señoras suscriptoras al CORREO ya conocen el buen gusto de la *Catalana*, simpática directora de este establecimiento, y a la cual pueden dirigirse con toda confianza, tanto para consultarla acerca de lo que mejor pueda convenirlas, como para hacerla sus pedidos.



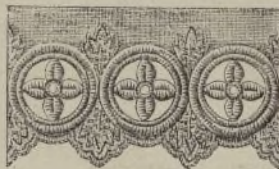
36. Entredós de crochet y cinta.



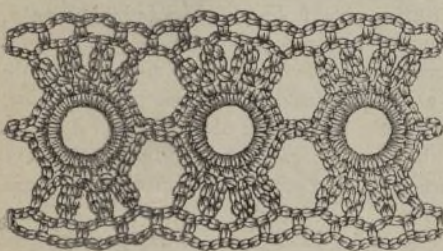
34. Entredós bordado.



37. Cenefa bordada.



38. Cenefa bordada.



47. Entredós de crochet.



40. Bordado para cuellos y puños.

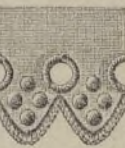
39. Punta de encaje irlandés.



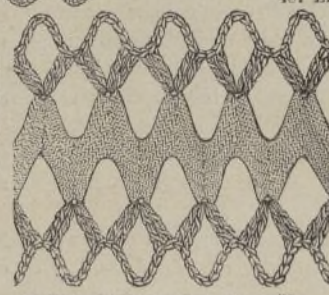
41. Bordado para cuellos y puños.



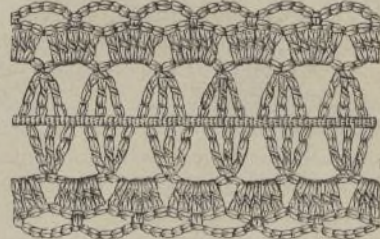
42 a 44. Bordados para cuellos y chambras.



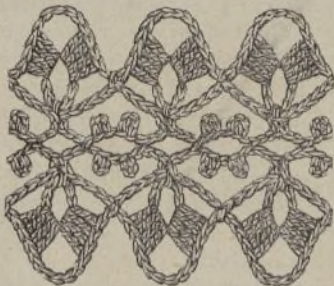
45 y 46. Bordados para gorras.



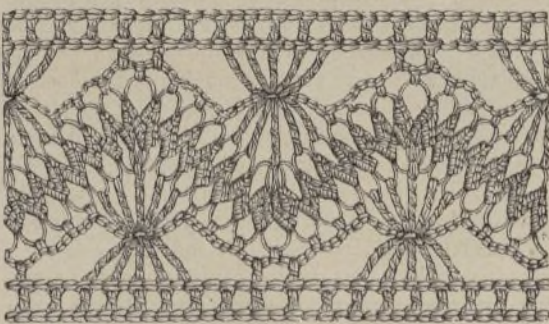
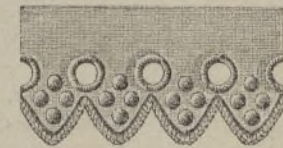
50. Entredós de crochet y trencilla.



48. Entredós de crochet y trencilla.



49. Entredós de crochet.



51. Entredós de crochet.

campeche, y lo mismo para teñir el agua con que deberán rociarse las plantas sometidas a aquella operación. Así se pueden poseer azucenas preciosísimas y también de diversos colores, si se riega la planta en cuatro sitios diferentes con cuatro tinturas diversas.

Para mayor seguridad en el éxito, se prepara la tierra, eligiéndola ligera y bien gruesa, secándola al sol, reduciéndola a polvo y pasándola por un *gibe* o tamiz. Después se llena con ella un tiesto, maceta o cajoncito y se planta el clavel blanco en el centro. Un holandés, gran aficionado a los tulipanes, ponía a macerar (echaba) las cebollas de esta flor en líquidos preparados, cuyo color tomaban. En otros casos hacía algunas pequeñas cortaduras en las cebollas, e introducía en ellas los colores secos. Para comunicar artificialmente un suave perfume a cualquiera planta, aún a las que exhalan un olor insoponible, se puede comenzar

entredós guarnecen la túnica-manto y la preciosa chaqueta escotada. Completan su adorno un ramo de rosas en el pecho y la cabeza; cinturón y collar de cinta rosa con medallón y broche dorado; pulsera de oro y guantes blancos de cabritilla de ocho botones.

FIG. 2.^a—Traje de baile para niña de 4 ó 8 años.—Vestido de seda rosa a rayas, medias blancas y botitas rosa. Camiseta blanca y collar de gruesas perlas.

FIG. 3.^a—Traje para teatro ó reunion.—Vestido de seda lila caprichosamente adornado con ruches de tarlatana blanca. Corbata de terciopelo negro con una flor de brillantes en el centro y grupo de rosas en el peinado.

Este traje es propio para una joven soltera. Siendo el corsé una parte tan esencial del bien vestir, como que sin él no puede haber cuerpo esbelto y de buena forma, recomendamos a nuestras suscriptoras los que fabrica Mme. Grand, plaza de Celenque, núm. 1, Madrid.

Las Sras. Suscriptoras a la 1.^a Edición recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.^a, Dr. Fourquet (antes Yedra)

Editor-propietario: Carlos Grassi.